

Estos dos cuentos representan de alguna manera el alma de una región, de un pueblo; hacen parte de una cultura, la nuestra; de un espíritu y una historia, la propia. Los dos autores nacieron en Antioquia y contaron cómo vive este pueblo, cómo lucha, cómo goza, cómo se sobrepone a la adversidad. Gracias a su fuerte color local, a su ingenio, a su belleza, hoy son considerados joyas de la literatura colombiana. En sus páginas nos encontramos con un pasado que gracias a ellos se conserva fresco y vivo.

Leer es mi cuento 46

Leer es mi cuento 46

## ¡Que pase el aserrador!

JESÚS DEL CORRAL

## La tragedia del minero

EFE GÓMEZ

Ilustrado por  
RICARDO NÚÑEZ SUÁREZ

¡Que pase el aserrador! • La tragedia del minero



El futuro es de todos

Gobierno de Colombia



Biblioteca Nacional de Colombia

Este libro es gratuito,  
prohibida su reproducción y venta



Leer es mi cuento 46

# ¡Que pase el aserrador!

JESÚS DEL CORRAL

## La tragedia del minero

EFE GÓMEZ

*Ilustrado por*

RICARDO NÚÑEZ SUÁREZ



\*\*\*

**MINISTERIO DE  
CULTURA DE COLOMBIA**

Angélica Mayolo Obregón  
Ministra

**MINISTERIO DE  
EDUCACIÓN NACIONAL**

María Victoria Angulo  
Ministra

\*\*\*

**AUTORES**

*¡Que pase el aserrador!*

**Jesús del Corral**

*La tragedia del minero*

**Efe Gómez**

**Ilustrador**

Ricardo Núñez Suárez

**Editor**

Iván Hernández

**Directora  
de arte**

Laura Pérez

\*\*\*

**COMITÉ EDITORIAL**

Ángela Beltrán  
*Directora encargada  
Ministerio de Cultura  
de Colombia*

Diana Patricia Restrepo  
*Directora Biblioteca  
Nacional de Colombia*

María Orlanda Aristizábal  
*Coordinadora de Literatura  
Ministerio de Cultura de Colombia*

Iván Hernández  
*Editor de la serie  
Leer es mi cuento*

\*\*\*

Primera edición,

ISBN:

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura de Colombia; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso a:  
[literatura@mincultura.gov.co](mailto:literatura@mincultura.gov.co)



\* 4\*

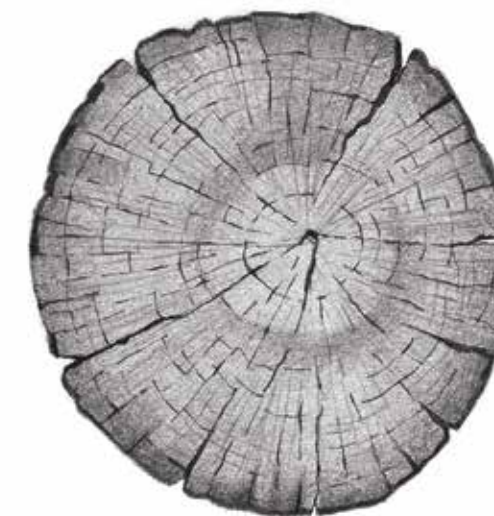
**¡Que pase el aserrador!**

**JESÚS DEL CORRAL**

\* 21\*

**La tragedia del minero**

**EFE GÓMEZ**



## ¡Que pase el aserrador!

JESÚS DEL CORRAL

5

Entre Antioquia y Sopetrán, en las orillas del río Cauca, estaba yo fundando una hacienda. Me acompañaba, en calidad de mayordomo, Simón Pérez, que era todo un hombre, pues ya tenía treinta años, y veinte de ellos los había pasado en lucha tenaz y bravía con la naturaleza, sin sufrir jamás grave derrota. Ni siquiera el paludismo había logrado hincarle el diente, a pesar de que Simón siempre anduvo entre zancudos y demás bichos agresivos.

Para él no había dificultades, y cuando se le proponía que hiciera algo difícil que él no había hecho nunca, siempre contestaba con esta frase alegre y alentadora: «Vamos a ver; más arriesga la pava que el que le tira, y el mico come chumbimba en tiempo de necesidad».


Un sábado en la noche, después del pago de peones, nos quedamos, Simón y yo, conversando en el corredor de la casa y haciendo planes para las faenas de la semana entrante, y como yo le manifestara que necesitábamos veinte tablas para construir unas canales en la acequia y que no había aserradores en el contorno, me dijo:

—Esas se las asierro ya en estos días.

—¿Cómo?, le pregunté, ¿sabe usted aserrar?

—Divinamente; soy aserrador graduado, y tal vez el que ha ganado más alto jornal en ese oficio. ¿Que dónde aprendí? Voy a contarle esa historia, que es divertida.

Y me refirió esto, que es verdaderamente original:



En la guerra del 85 me reclutaron y me llevaban para la Costa, por los llanos de Ayapel, cuando resolví desertar, en compañía de un indio boyacense. Una noche en que estábamos ambos de centinelas las emplumamos por una cañada, sin dejarle saludes al general Mateus.

Al día siguiente ya estábamos a diez leguas de nuestro ilustre jefe, en medio de una montaña donde cantaban los gurríes y maromeaban los micos. Cuatro días anduvimos por entre bosques, sin comer y con los pies heridos por las espinas de las chontas, pues íbamos rompiendo rastrojo con el cuerpo, como vacas ladronas. ¡Lo que es el miedo al cepo de campaña con que acarician a los desertores, y a los quinientos palos con que los maduran antes de tiempo!...


Yo había oído hablar de una empresa minera que estaba fundando el Conde de Nadal, en el río Nus, y resolví orientarme hacia allá, así al tanteo, y siguiendo por la orilla de una quebrada que, según me habían dicho, desembocaba en aquel río. Efectivamente, al séptimo día, por la mañana, salimos el indio y yo a la desembocadura, y no lejos de allí vimos, entre unas peñas, un hombre que estaba sentado en la orilla opuesta a la que llevábamos nosotros. Fue grande nuestra alegría al verlo, pues íbamos casi muertos de hambre y era seguro que él nos daría de comer.

—Compadre, le grité, ¿cómo se llama esto aquí? ¿La mina de Nus está muy lejos?

—Aquí es; yo soy el encargado de la tarabita para el paso, pero tengo orden de no pasar a nadie, porque no se necesitan peones. Lo único que hace falta son aserradores.

No vacilé un momento en replicar:

—Ya lo sabía, y por eso he venido: yo soy aserrador; eche la oroya para este lado.



—¿Y el otro?, preguntó, señalando a mi compañero. El grandísimo majadero tampoco vaciló en contestar rápidamente:

—Yo no sé de eso; apenas soy peón.

No me dio tiempo de aleccionarlo; de decirle que nos importaba comer a todo trance, aunque al día siguiente nos despacharan como perros vagos; de mostrarle los peligros de muerte si continuaba vagando a la aventura, porque estaban lejos los caseños, o el peligro de la «diana de palos» si lograba salir a algún pueblo antes de un mes. Nada; no me dio tiempo ni para guiñarle el ojo, pues repitió su afirmación sin que le volvieran a hacer la pregunta.

No hubo remedio, y el encargado de manejar la tarabita echó el cajón para este lado del río, después de gritar: ¡Que pase el aserrador!

Me despedí del pobre indio y pasé.

Diez minutos después estaba yo en presencia del Conde, con el cual tuve este diálogo:

—¿Cuánto gana usted?

—¿A cómo pagan aquí?

—Yo tenía dos magníficos aserradores, pero hace quince días murió uno de ellos; les pagaba a ocho reales.

—Pues, señor Conde, yo no trabajo a menos de doce reales; a eso me han pagado en todas las empresas en donde he estado y, además, este clima es muy malo; aquí le da fiebre hasta a la quinina y a la zarpoleta.

—Bueno, maestro; «el mono come chumbimba en tiempo de necesidad»; quédese y le pagaremos los doce reales. Váyase a los cuarteles de peones a que le den de comer y el lunes empieza trabajos.

¡Bendito sea Dios! Me iban a dar de comer; era sábado, al día siguiente también comería de balde. ¡Y yo, que para poder hablar tenía que recostarme a la pared, pues me iba de espaldas por la debilidad en que estaba!

Entré a la cocina y me comí hasta las cáscaras de plátano. Me tragaba las yucas con pabilo y todo. ¡Se me escaparon las ollas untadas de manteca, porque eran de fierro! El perro de la cocina me veía con extrañeza, como pensando: ¡Caramba con el maestro! si se queda ocho días aquí, nos vamos a morir de hambre el gato y yo!

A las siete de la noche me fui para la casa del Conde, el cual vivía con su mujer y dos hijos pequeños. ¡Líos que tenía!

Un peón me dio tabaco y me prestó un tiple. Llegué echando humo y cantando la guabina. La pobre señora, que vivía más aburrída que un mico recién cogido, se alegró con mi canto y me suplicó que me sentara en el corredor para que la entretuviera a ella y a sus niños esa noche.

—Aquí es el tiro, Simón, dije para mis adentros; vamos a ganarnos esta gente por si no resulta el aserrío.

Y les canté todas las trovas que sabía. Porque, eso sí: yo no conocía serruchos, tableros y troceros, pero en cantos bravos sí era veterano.

Total, que la señora quedó encantada y me dijo que fuera al día siguiente, por la mañana, para que le divirtiera los muchachos, pues no sabía qué hacer con ellos los domingos. ¡Y me dio jamón y galletas y jalea de guayaba!

Al otro día estaba este ilustre aserrador con los muchachos del señor Conde, bañándose en el río, comiendo ciruelas pasas y ¡bendito sea Dios y el que exprimió las uvas, bebiendo vino tinto de las mejores marcas europeas!

Llegó el lunes, y los muchachos no quisieron que el «aserrador» fuera a trabajar, porque les había prometido llevarlos a un guayabal a coger toches, en trampa. Y el Conde, riéndose, convino en que el maestro se ganara sus doce reales de manera tan divertida.





Por fin, el martes, di principio a mis labores. Me presentaron al otro aserrador para que me pusiera de acuerdo con él, y resolví pisarlo desde la entrada.

—Maestro, le dije, de modo que me oyera el Conde, que estaba por ahí cerca, a mí me gustan las cosas en orden. Primeramente sepamos qué es lo que se necesita con más urgencia: ¿tablas, tablonnes o cercos?

—Pues necesitamos cinco mil tablas de comino, para las canales de la acequia, tres mil tablonnes para los edificios y unos diez mil cercos. Todo de comino; pero debemos comenzar por las tablas.

Por poco me desmayo: vi trabajo para dos años y... a doce reales el día, bien cuidado y sin riesgo de que castigaran al desertor, porque estaba «en propiedad extranjera».

—Entonces, vamos con método. Lo primero que debemos hacer es dedicarnos a señalar árboles de comino, en el monte, que estén bien rectos y bien gruesos para que den bastantes tablas y no perdamos el tiempo. Después los tumbamos y, por último, montamos el aserrío. Todo con orden, sí señor, porque si no, no resulta la cosa.

—Así me gusta, maestro, dijo el Conde; se ve que usted es hombre práctico. Disponga los trabajos como lo crea conveniente.

Quedé, pues, dueño del campo. El otro maestro, un pobre majadero, comprendió que tenía que agachar la cabeza ante este famoso «aserrador» improvisado. Y a poco, salimos a la montaña a señalar árboles de comino.

Cuando nos íbamos a internar, le dije a mi compañero:

—No perdamos el tiempo andando juntos. Váyase usted por el alto, que yo me voy por la cañada. Esta tarde nos

encontramos aquí; pero fíjese bien para que no señale árboles torcidos.

Y salí cañada abajo, buscando el río. Y en la orilla de éste me pasé el día, fumando tabaco y lavando la ropita que me traje del cuartel del general Mateus.

Por la tarde, en el punto citado, encontré al maestro y le pregunté: vamos a ver, ¿cuántos árboles señaló?

—Doscientos veinte no más, pero muy buenos.

—Pues perdió el día; yo señalé trescientos cincuenta, de primera clase.

Había que pisarlo en firme; y yo he sido gallo para eso.



12 Por la noche me hizo llamar la señora del Conde, y que llevara el tiple, porque me tenía cena preparada; que los muchachos estaban deseosísimos de oírme el cuento de Sebastián de las Gracias, que les había yo prometido. Ah, y el del Tío Conejo y el Compadre Armadillo, y ese otro de Juan sin miedo, tan emocionante. Se cumplió el programa al pie de la letra. Cuentos y cantos divertidísimos; chistes de ocasión; cena con salmón, porque estábamos en vigilia; cigarros de anillo dorado; traguito de brandy para el aserrador, pues como había trabajado tanto ese día, necesitaba el pobre que le sostuvieran las fuerzas. Ah, y guiñadas de ojo a una sirvienta buena moza que le trajo el chocolate al «maestro» y que al fin quedó de las cuatro patas cuando oyó la canción aquella de:

*Como amante torcaza quejumbrosa,  
que en el monte se escucha gemir*

Qué aserrío monté esa noche. ¡Le saqué tablas del espinazo al mismísimo señor Conde! Y todo iba mezclado por si se dañaba lo del aserrío. Le conté al patrón que había notado yo ciertos despilfarros en la cocina de peones y no pocas irregularidades en el servicio de la despensa; le hablé de un remedio famoso para curar la renguera (inventado por mí, por supuesto) y le prometí conseguirle un bejuco en la montaña, admirable para todas las enfermedades de la digestión. (Todavía me acuerdo del nombrecito con que lo bauticé: ¡Levantamuertos!).

Encantados el hombre y su familia con el «maestro» Simón. Ocho días pasé en la montaña, señalando árboles con mi compañero, o mejor dicho, separados, porque yo siempre lo echaba por otro lado al que yo escogía. Pero sabrá usted que como yo no conocía el comino, tuve que ir primero a ver los árboles que había señalado el verdadero aserrador.

Cuando ya teníamos marcados unos mil, empezamos a echarlos al suelo, ayudados por cinco peones. En esa tarea, en la cual desempeñaba yo el oficio de director, empleamos más de quince días.

13 Y todas las noches iba yo a la casa del Conde y cenaba divinamente. Y los domingos almorzaba y comía allá, porque era preciso distraer a los muchachos... y a la sirvienta también.

Yo era el sanalotodo en la mina. Mi consejo era decisivo y no se hacía nada sin mi opinión. ¡Tal vez la célebre cortada del río Nus fracasó más tarde por alguna bestialidad que yo indiqué!





Todo iba a pedir de boca, cuando un día llegó la hora terrible de montar el aserrío de madera. Ya estaba hecho el andamio, y por cierto que cuando lo fabricamos hubo algunas complicaciones, porque el maestro me preguntó:

—¿Qué alto le ponemos?

—¿Cuál acostumbran ustedes por aquí?

—Tres metros.

—Póngale tres con veinte, que es lo mandado entre buenos aserradores. (Si sirve con tres, ¿por qué no ha de servir con veinte centímetros más?).

Ya estaba todo listo: la troza sobre el andamio, y los trazos hechos en ella (por mi compañero, porque yo me limitaba a dar órdenes).

*La lámpara encendida y el velo en el altar,*  
como dice la canción.

Llegó el momento solemne, y una mañana salimos camino del aserradero, con los grandes serruchos al hombro. ¡Primera vez que yo veía un comemaderas de esos!

Ya al pie del andamio, me preguntó el maestro:

—¿Es usted de abajo o de arriba?

Para resolver tan grave asunto fingí que me rasca una pierna, y rápidamente pensé: «si me hago arriba, tal vez me tumba éste con el serrucho».

De manera que al enderezarme contesté:

—Yo me quedo abajo; encarátese usted.

Trepó por los andamios, colocó el serrucho en la línea y... empezamos a aserrar madera.

¡Pero, señor, cómo fue aquello! El chorro de aserrín se vino sobre mí y yo corcoveaba a lado y lado, sin saber cómo defenderme. Se me entraba por las narices, por las orejas, por los ojos, por el cuello de la camisa... ¡Virgen Santa! Y yo que creía que eso de tirar de un serrucho era cosa fácil...

—¡Maestro, me gritó mi compañero, se está torciendo el corte!...

— ¡Pero hombre, con todos los diablos! Para eso está usted arriba; fíjese y aplome como Dios manda...

El pobre hombre no podía remediar la torcedura. ¡Qué la iba a remediar, si yo chapaleaba como pescado colgado del anzuelo!



16

Viendo que me ahogaba entre las nubes de aserrín, le grité a mi compañero:

—Bájese, que yo subiré a dirigir el corte.

Cambiamos de puesto: yo me coloqué en el borde del andamio, cogí el serrucho y exclamé:

—Arriba pues: una... dos...

Tiró el hombre, y cuando yo iba a decir tres, me fui de cabeza y caí sobre mi compañero. Patas arriba quedamos ambos; él con las narices reventadas y yo con dos dientes menos y un ojo que parecía una berenjena.

La sorpresa del aserrador fue mayor que el golpe que le di. No parecía sino que le hubiera caído al pie un aerolito.

—¡Pero, maestro!, exclamó;... ¡pero, maestro!

—¡Qué maestro, ni qué demonios! ¿Sabe lo que hay? Que es la primera vez que yo le cojo los cachos a un serrucho de estos. ¡Y usted que tiró con tanta fuerza! Vea cómo me puso (y le mostré el ojo dañado).

—Y vea cómo me dejó usted (y me enseñó las narices).



17



Vinieron las explicaciones indispensables, para las cuales resulté un Víctor Hugo. Le conté mi historia y casi que lo hago llorar cuando le pinté los trabajos que pasé en la montaña, en calidad de desertor. Luego rematé con este discurso más bien atornillado que un trapiche inglés:

—No diga usted una palabra de lo que ha pasado, porque lo hago sacar de la mina. Yo les corté el ombligo al Conde y a la señora, y a los muchachos los tengo de barba y cacho. Conque tráguese la lengua y enséñeme a aserrar. En pago de eso, le prometo darle todos los días, durante tres meses, dos reales, de los doce que yo gano. Fúmesse, pues, este tabaquito (y le ofrecí uno), y explíqueme cómo se maneja este mastodonte de serrucho.

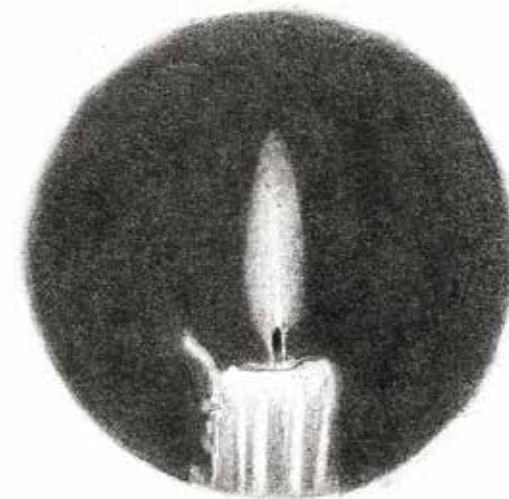
Como le hablé en plata y él ya conocía mis influencias en la casa de los patrones, aceptó mi propuesta y empezó la clase de

aserrío. Que el cuerpo se ponía así, cuando uno estaba arriba; y de esta manera cuando estaba abajo; que para evitar las molestias del aserrín se tapaban las narices con un pañuelo... cuatro pamplinas que yo aprendí en media hora.

Y duré un año trabajando en la mina como aserrador principal, con doce reales diarios, cuando los peones apenas ganaban cuatro. Y la casa que tengo en Sopetrán la compré con plata que traje de allá. Y los quince bueyes que tengo aquí, marcados con un serrucho, del aserrío salieron... Y el hijo mío, que ya me ayuda mucho en la arriería, es también hijo de la sirvienta del Conde y ahijado de la Condesa...

Cuando terminó Simón su relato, soltó una bocanada de humo, clavó en el techo la mirada y añadió después:

¡Y aquel pobre indio de Boyacá se murió de hambre... sin llegar a ser aserrador!...



## La tragedia del minero

Efe Gómez

21

Es de noche. La luz de una vela de sebo del altar de los retablos lucha con la sombra. Están terminando de rezar el rosario de la Virgen santísima. Todos se han puesto de rodillas. Doña Luz recita, con voz mojada en la emoción de todos los dolores, de todas las esperanzas, de las decepciones todas de su alma augusta crucificada por la vida, la oración que pone bajo el amparo de Jesucristo a su familia, a los viajeros, a los agonizantes, a los amigos y a los enemigos: a la humanidad entera.

Se oyen pisadas en los corredores del exterior. Se entremiran azorados. Se ponen de pies. Se abre la puerta del salón, y van entrando, descubiertos, silenciosos, Juan Gálvez, los Tabares, padre e hijo, y los dos Restrepo. Son los mineros que se fueron a veranear a las selvas de

las laderas del remoto río que corre por arenas auríferas. Se han vuelto porque el invierno se entró.

—¿Y Manuel? —pregunta Doña Luz.  
Silencio.

—¿Se quedó de paso en su casa?

—No, señora.

—¿Y entonces?

Silencio nuevo.

—¿Pero qué pasa? Su mujer lo espera por instantes. Quiere —naturalmente— que esté con ella en el trance que se le acerca.

—¡Pobre Dolores! —dice Micaela—.

De esta llenada de luna no pasa.

A Juan Gálvez empiezan a moverse los bigotes de tigre: va a hablar.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, señora —dice al fin—. Manuel no volverá.

—¿Qué hubo, pues?... Cuenta, por Dios.

—Mire, señora. Eso fue horrible. Ya casi terminaba el verano... Y ni un jumo de oro. Cuando una mañanita cateamos una cinta a la entrada de un organal... y empezamos a sacar amarillo... y la cinta a meterse por debajo del organal... La señora no sabe lo que es un organal... Son pedrones sueltos, redondeados, grandísimos... amontonados cuando el diluvio, pero pedrones. Como catedrales, como cerros... ¡Y qué montones! Con decirle que el río, que es poco menos que el Cauca, se mete por debajo de un montón de esos... y se pierde. Se le oye mugir allá... hondo. Uno pasa por encima, de piedra en piedra. El otro día, por tantear qué tan hondo pasa el río, dejé ir por una grieta el eslabón de mi avío de sacar candela. Y empezó a caer de piedra en piedra... a caer de piedra en piedra... a chilinear: tirín, tirín... Allá estará chilineando todavía.

22

Por entre las juntas de las piedras íbamos arrastrándonos desnudos, de barriga, como culebras, detrás de la cinta, que era un canal angosto. Llegamos a un punto en que no cabíamos... Ni untándonos de sebo pasaba el cuerpo por aquellas estrechuras. Manuel dio con una gatera por donde le pasaba la cabeza. Y él, que era más que menudo, pasó, sobándose la espalda y la barriga. Taqueamos en seguida las piedras, como pudimos, con tacos de guayacán.

—Aquí va la cinta —dijo Manuel, ya al otro lado.

Le echamos una batea de las chiquitas: las grandes no cabían. La llenó con arena de la cinta.

—¿Qué opinás, viejo? —me dijo cuando me la devolvió por el agujero, por donde había pasado, llena de material.

—Mirá: se ven, así en seco, los pedazos de oro. En este güeco está el oro, pendejo. Pa educar a mis muchachos. Pa dale gusto a Dolores...

Y pegó un grito de los que él pegaba cuando estaba alegre, que retumbó en todo el organal, como un trueno encuevao.



Los compañeros salieron a lavar afuera, a bocas del socavón, la batea que Manuel acababa de alargarnos. Yo me puse a prender mi pipa y a chuparla, y a chuparla... Cuando de golpe, ¡tran! Cimbró el orga-  
nal y tembló el mundo. De susto me tragué la pipa que tenían entre los dientes. La vela se me cayó, o también me la tragaría. Me quedé a oscuras... ¡Y las prendo! Tendido de barriga, corría, arrastrándome, como si me hubiera vuelto agua y rodara por una cañería abajo. No me acordé de Manuel... pa qué sino la verdá.

—¡Bendita sea la Virgen! —dijeron los que estaban afuera, lavando el oro, cuando me vieron llegar—. Creímos que no había quedado de ustedes, mano Juan, ni el pegao.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Es que onde hay oro, espantan mucho.

—¿Y Manuel?

—Por ai vendrá atrás.

Nos pusimos a clarear el cernidor. Era tanto el oro, que nos embelesamos más de dos horas viéndolo correr, sin reparar que Manuel no llegaba.

—¿Le pasaría algo a aquél?

—Allá estará, como nosotros, embobao con todo el amarillo que hay en ese güeco.

—Vamos a ver.





Y empezamos de nuevo a entrar, tendidos, de punta, como lombrices; pero alegres, deshojando cachos. Porque el oro emborracha. Se sube a la cabeza como un aguardiente.

Llegamos al punto en donde habíamos estado antes.

—Pero qué sustico el tuyo, Juan. Mirá donde dejaste la pipa —dijo Quin Restrepo, con una carcajada.

—¡Y la vela!

—¡Y los fósforos!

—Fíjate a ver si dejó también las orejas este viejo flojo.

—¡Y quien le oye las cañas!

—¡Pero qué fue esto, Dios! Vengan, verán —gritó Penagos.

—¡A ver!

—Nos amontonamos en el lugar en que estaba alumbrando con la vela. ¡Qué espanto, Señor de los Milagros! Nos voltiamos a ver, unos a otros, descoloridos como difuntos. Los tacos de guayacán que sostenían las piedras que formaban el agujero por donde Manuel entró, se habían vuelto polvo. Del agujero no quedaba nada: ciego, como ajustado a garlopa.

—¡Manuel...! —grité.

Nada.

—¡Manuel!

Nada.

Volví a gritar, arrimando la boca a una grieta por donde cabía apenas la mano de canto:

—¡Manuel!

—¡Oooh!... —respondieron al mucho rato, por allá, desde muy hondo. Desde muy hondo...

—¿Qué hubo, hombre?

—A mí déjenme quieto.

—¿Pero qué fue, hombre?

—Por mí no se afanen. Ya yo no soy de esta vida.

—¿Qué pasa, hombre, pues?

—Encerrado como en el sepulcro...

De aquí ya no me saca nadie... Sacaré Dios el alma cuando me muera... Si es que se acuerda de mí.

—Buscá, hombre, tal vez quedará alguna juntura, por onde...

—He buscado ya por todas partes...

Los pedrones, juntos, apretados... ¡Y qué pedrones!... Tengo una sed...

Inventamos un popo, por onde le echábamos agua y cacaíto.



Así nos estuvimos ocho días: callaos, mano sobre mano, como en un velorio.

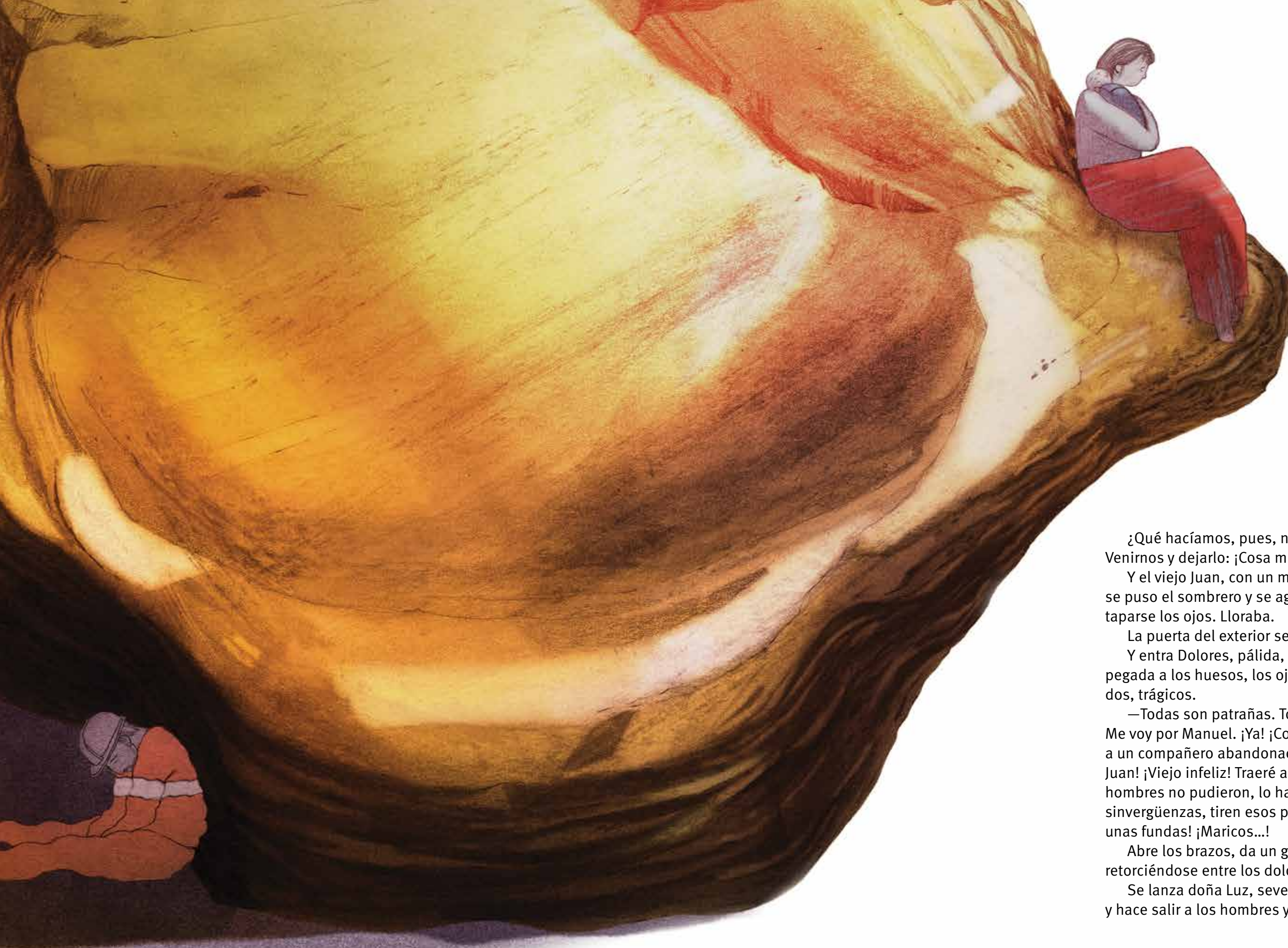
Si tuviéramos dinamita —pensábamos— volaríamos el pedrejón que rompió los tacos... pero como todos los pedrones están sueltos, sostenidos unos con otros, el organal se movería íntegro, se acomodaría cada vez más de manera diferente... y nos trituraría a todos... o nos dejaría encerrados...

Y lo horrible fue que se nos acabaron los víveres.

Manuel lo adivinó. ¡Con lo avisado que era!

—Váyanse muchachos... ya hay agua aquí. Con el invierno ha brotado entre las piedras... Déjenme los tabacos que puedan, fósforos y mecha, y... váyanse... ¿Qué se suplen con estarse ai...? Váyanse, les digo. Déjenme a mí el alma quieta: ya yo estoy resignao a mi suerte. Lo único que siento es no conocer el hijo que me va a nacer, o que me habrá nacido ya. ¡Pobrecito güerfano!... Me le dicen a doña Luz que ai se los deajo... a él y a Dolores. Que los cuide como propios... y no me llamen más, porque no les contesto...





¿Qué hacíamos, pues, nosotros? Venirnos. Venirnos y dejarlo: ¡Cosa más berrionda!

Y el viejo Juan, con un movimiento brusco, se puso el sombrero y se agachó el ala para taparse los ojos. Lloraba.

La puerta del exterior se abrió con estrépito.

Y entra Dolores, pálida, la piel del rostro bello pegada a los huesos, los ojos enormes, extraviados, trágicos.

—Todas son patrañas. Todo lo he oído... Me voy por Manuel. ¡Ya! ¡Cobardes, que dejan a un compañero abandonado! ¡Quien oye al viejo Juan! ¡Viejo infeliz! Traeré a Manuel. Lo que cinco hombres no pudieron, lo haré yo... ¡Y ustedes sinvergüenzas, tiren esos pantalones y pónganse unas fundas! ¡Maricos...!

Abre los brazos, da un grito y cae al suelo, retorciéndose entre los dolores del parto.

Se lanza doña Luz, severa, enérgica, bella, y hace salir a los hombres y a los niños.

Leer es mi cuento 1

**De viva voz Relatos y poemas para leer juntos**

Varios autores.

Leer es mi cuento 2

**Con Pombo y platillos**

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

**Puro cuento**

Selección de cuentos Varios autores.

Leer es mi cuento 4

**Barbas, pelos y cenizas**

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

**Canta palabras**

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

**Bosque adentro**

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

**De animales y de niños**

Varios autores.

Leer es mi cuento 8

**En la Diestra de Dios Padre**

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

**Ábrete grano pequeño**

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

**El Rey de los topos y su hija**

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

**Los pigmeos**

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

**El pequeño escribiente florentino**

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

**Don Quijote de la Mancha Capítulos I y VIII.**

Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

**Romeo y Julieta**

William Shakespeare Versión de Charles y Mary Lamb.

Leer es mi cuento 15

**El patito feo**

Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

**Meñique**

José Martí.

Leer es mi cuento 17

**Cuentos de Las mil y una noches**

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

**Cuentos de la selva**

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

**Poesía en español**

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

**El diablo de la botella**

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

**Fábulas**

F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22

**La bella y la bestia**

Jeanne Marie Leprince de Beaumont.

Leer es mi cuento 23

**Por qué el elefante tiene la trompa así**

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

**Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas**

Leer es mi cuento 25

**Aventuras de Ulises**

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

**Don Juan Bolondrón**

Folclor español. Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27

**Memorias de un abanderado**

José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28

**Espadas son triunfos**

Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29

**Cantos populares de mi tierra**

Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30

**Rapunzel • Pulgarcito**

Varios autores.

Leer es mi cuento 31

**Las travesuras de Naricita**

Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32

**La gata blanca**

Madame d'Aulnoy.

Leer es mi cuento 33

**Versos sencillos**

(Selección)

José Martí.

Leer es mi cuento 34

**Memorias de un caballo de la Independencia**

(Selección)

Gonzalo España.

Leer es mi cuento 35

**Cuentos y arrullos del folclor indígena y campesino colombiano**

Leer es mi cuento 36

**Cuentos y arrullos del folclor afrocolombiano**

Leer es mi cuento 37

**Una ronda de Don Ventura Ahumada**

Eugenio Díaz.

Leer es mi cuento 38

**La Expedición Botánica contada a los niños**

(Selección)

Elisa Mújica.

Leer es mi cuento 39

**Pelo de Zanahoria**

(Selección)

Jules Renard.

Leer es mi cuento 40

**La monja • Mi madrina**

Soledad Acosta de Samper.

Leer es mi cuento 41

**Así es mi palabra**

*Selección de poesía indígena colombiana*

Varios autores.

Leer es mi cuento 42

*Cuentos a Sonny*

**La Tierra de El Dorado**

Santiago Pérez Triana.

Leer es mi cuento 43

**Entre usted, que se moja**

José David Guarín.

Leer es mi cuento 44

**Las preguntas del agua**

*Selección de poesía afrocolombiana*

Varios autores.

Leer es mi cuento 45

**El ruiseñor y la rosa • El príncipe feliz**

Oscar Wilde.

Leer es mi cuento 46

**¡Que pase el aserrador! • La tragedia del minero**

Varios autores.

Leer es mi cuento 47

**Cuentos de la Tía Anancy**

Ignacio Barrera Kelly.

Leer es mi cuento 48

**Las mujeres de la Independencia**

Catalina Navas.

Leer es mi cuento 49

**Reminiscencias de Santafé y Bogotá**

José María Cordovez Moure.

Leer es mi cuento 50

**Ni era vaca ni era caballo**

Miguel Ángel Jusayú.

**Consulte los libros digitales y el glosario aquí: [www.maguared.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/](http://www.maguared.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/)**